



CRÓNICAS PSICOSOCIALES: TODOS TENEMOS UNA HISTORIA EN COMÚN

Henry Holguín Osorio¹

Hace poco leía en un periódico local de un fotógrafo canadiense, François Brunelle, que lleva doce años fotografiando a personas en el mundo que se parecen sin tener ningún parentesco. Me causó curiosidad, porque yo llevo el mismo tiempo fotografiando el contexto cotidiano a través del trabajo social y la psicología hallando similitudes y desencuentros. Es verdad, quizá si tenemos cosas en común, y son las situaciones cotidianas que vivimos día a día, que sin querer queriendo las compartimos, como un saludo, un abrazo, un correo electrónico, un tinto, malas noticias y hasta chismes.

En ese aspecto psicológico de la vida cotidiana, lo común, pensarla se hace necesario, todos no vemos lo mismo y por lo tanto todo es distinto. Es a través de la percepción de la similitud que con otras personas (sociedades comunes) es como generamos relaciones totales de interdependencia, que hace que todos de alguna manera nos mantengamos unidos y veamos todo igual, aunque creamos que no lo sea.

Los relatos habituales que se escuchan de las sociedades comunes y corrientes se hayan historias que te ponen de punta los bellos de la piel y que te parecen increíbles. Una de ellas y la más sencilla, es como una simple sonrisa

¹ Docente de la Facultad de Psicología-Funlam, Estudiante de Maestría en Intervención Psicosocial, Máster iberoamericano en Animación Sociocultural, Especialista en Intervención Psicosocial y Psicólogo de la Institución Universitaria de Envigado.

puede cambiar el estado emocional de un ser, cuando ve, que alrededor pasan lo que hay es puras historias de un pasado llena de tragedias y malas decisiones. No se le puede engañar, es su realidad social, y se ve limitada a tener un hogar de 4 paredes con poco color hecha de lata, cartón y madera, con una cama tubular chillona, un colchón y un poco de cosas desordenadas, y aun así, creer en el amor, de soñar y salir adelante es una posibilidad.

Y otra, más compleja de creer, cuando una mujer indígena del suroeste antioqueño, cuenta que al ver morir a su hombre de un paro cardiaco, el ser que le enseñó amar, volvió a verlo de nuevo reencarnado en una tortuga en medio del campo, cuando las tortugas allí nunca aparecen, ni nacen, ni mucho menos se reproducen.

Las comunidades son complejas, tienen un sistema social de raíz que se hace diferenciable en el seno de una sociedad, en el que se construyen situaciones, características e intereses compartidos por sus miembros. Los actores de estos escenarios sociales desarrollan relaciones y lazos horizontales, se generan los vínculos interpersonales, la cohesión social y los sentidos de pertenencia. Lo que no entiendo, y me crea complejidad de comprensión, es ¿cómo se construyen esas percepciones sociales, esas actitudes, esas creencias y la forma tan enmarañada de interpretar esa realidad?

Muchas de las participaciones de las comunidades está consumida a problemas, claro, no es nada raro ver, como se llega de extraño, a un municipio lejano de la ciudad, para realizar un trabajo social. -¡Ve... llegó el doctor psicólogo a resolverme el problema, nos vienen a psicoanalizar!-, y sólo queda como herramienta inocente de defensa ante muchas de esas miradas, decir ¡hola! como una representación de ánimo, que estamos para resolverle el problema.

Para entender y comprender esas representaciones sociales, Vasilachis la interpreta como "construcciones simbólicas, individuales o colectivas, a las que los sujetos apelan o crean para interpretar el mundo, para reflexionar sobre su propia situación y la de los demás y para determinar el alcance y la posibilidad de su acción histórica"(1997).

Bien lo dice Rozas:

Si una comunidad recolectora necesita cruzar un torrentoso río para conseguir comida, todos los individuos son conscientes de la misma problemática: niños, hombre, mujeres, jóvenes, ancianos. Todos se abocan a poner un árbol que sirva de puente, así se contribuye a una tarea y a una necesidad común. Nadie puede faltar porque a todos compete, nadie falta porque cada individuo siente que es su problema. Todos solidarizan con cada uno, todos comparten el problema, el proceso de acción para su término y los beneficios. Es decir, todos participan en cada momento de un largo proceso. No hay una definición de la participación como un momento particular en que ella entra en ejercicio, por el contrario. La participación es algo cotidiano, minuto a minuto de la sobrevivencia de una comunidad (1992, p.4).

Sin importar el lugar de contexto, la tarea del psicólogo social, es darse cuenta primero dónde está, conocer ese contexto y ayudarse del mismo para construir, esa práctica transformadora, reflexionada y generadora de la teoría de la que habla Maritza Montero. Las descripciones del quehacer comunitario, que reportan tanto los actores profesionales como académicos, son coincidentes con la afirmación de que “muchas intervenciones en el campo de la psicología comunitaria, por bien intencionadas que sean, no alteran las estructuras pues más bien están dirigidas a ayudar a las víctimas”. (2004b).

Puede ser un contenido que confunde, puesto que, muchas veces nos encontramos en el contexto social, víctimas y victimarios que deben ser atendidos, todos tienen algo en común, un pasado, una realidad hoy que lo llevó a tomar decisiones. Es tan complejo, como aquel diciembre del 2012 que decidí viajar con un grupo 9 estudiantes de psicología, al rincón del corregimiento de Mesopotamia del municipio de la Unión y encontrarme con una mujer golpeada con cadenas por su propio hijo de 15 años, los dos bajo esa condición, la intervención esta para hacerla con un nivel alto de urgencia.

En otra experiencia, cuando decidí viajar kilómetros y kilómetros con la mochila en los brazos, una caja de materiales didácticos y comiéndome una barra de chocolatina, al interior de un colectivo estrecho que pasaba por una carretera, que sólo se veía a la derecha montañas selváticas y misteriosas, y la izquierda vacíos, vacíos y vacíos, una carretera que inspiraba respeto. Estaba recorriendo la zona Páramo de Antioquia, y llegamos a un municipio donde quieren más a las mulas que a las propias mujeres. En medio del trabajo de intervención de esa tarde, era solo escuchar historias con dolor profundo. Una de ellas, una joven de 16 años, que fue violada por su padre, y que por las circunstancias de la violencia de grupos ilegales que incursionaban en ese

territorio, asesinan de forma violenta a su padre frente a ella, a quién le propinaron más de 5 impactos de bala en la cabeza. A Ella le tocó verlo morir. Ella expresaba, dos dolores, la pérdida del ser que le dio la vida y otra, del maldito que le dañó la inocencia.

Todo esto, en el contexto del quehacer socio y psico profesional que aquí se reporta, no estamos siendo capaces de mover la justicia social al primer plano de nuestras preocupaciones (Prilleltensky y Nelson, 1997). (Berroeta, Hatibovic & Asún, 2011, p.6) Esto va más allá, no tenemos que esperar a que los pacientes de estos territorios lejanos de las oportunidades, piensen en otra consulta, si podemos generar una oportunidad de escucha en el mismo momento que sienten el dolor y que sabemos que con la pastilla de la tranquilidad, que no existe, ese sujeto podría dormir tranquilo, sin esa pesadilla, gracias a ese psicólogo que solo hizo la tarea de escucharlo y que sabe que tiene que devolverse de nuevo.

En un relato, de un joven del Municipio Yolombó, dijo lo siguiente:

Intensa.

- Ah... mi mamá. ¡Si molesta, está llamando otra vez! - Le dije a un compañero de la universidad, mientras miraba el celular, y se me alborotaba el mal genio. El teléfono timbraba por quinta vez, de nuevo era mi mamá y decidí contestar para que dejara la intensidad.

- Hola, má deje de ser intensa... ahora la llamo - Colgué y continué hablando con mi amigo.

- Ella es muy intensa, muy fastidiosa, todos los días y todo el día llama a preguntar bobadas - Que si ya comí... ¿qué estás haciendo?

Viendo que mi amigo estaba callado y sólo miraba, le pregunté:

- Parce, ¿a usted su mamá no lo molesta mucho?

- Con cara de tristeza me miró y me contestó. - Parce, ella se suicidó hace un año

- Y desde ese día aprendí a valorar más a mi mamá. (Jaramillo, Merchán & Holguín., 2011, p.120)

Con este relato, no solo es identificar los códigos de los sujetos sociales frente a su sentido de vida, en este caso los jóvenes, si no a comprender esas realidades a la luz de la vida, todos tenemos una historia en común, y que en algún momento decidimos tomar decisiones, unas son buenas otras no tanto, pero es el sentido de la vida, que se ha permitido que esas decisiones, logren resultados positivos esperados y llenos de oportunidades. Ser psicólogo es darlo todo por el otro.

Referencias:

- ARDILA.R, La psicología en el futuro. Ediciones Pirámide 2002
Recuperado de: <http://res.uniandes.edu.co/view.php/381/index.php?id=381>
- BERROETA. H, HATIBOVIC, F & ASÚN D. Psicología Comunitaria: prácticas en Valparaíso y visión disciplinar de los académicos nacionales. Artículo basado en el Proyecto de Investigación Psicología Comunitaria en Chile: Un Estudio de las Tensiones Disciplinarias y Las Practicas De Intervención Financiado por la Dirección de Investigación de la Universidad de Valparaíso, 2011.
Recuperado de: www.scielo.cl/pdf/polis/v11n31/art18.pdf
- JARAMILLO. C, MERCHÁN. V & HOLGUÍN. H. Campaña de Sensibilización frente a los factores de protección en Salud Mental, Resultados. Impresión L. Vieco e Hijas Ltda. 2011. ISBN: 978-958-99189-4-4
- MONTERO. M, Contexto y Balance de Situación. PROVEA Informe Anual. Octubre 2002 - Septiembre 2003. P. 13 - 41
- ROZAS. G, Psicología Comunitaria y Programas Gubernamentales Vinculados a la Superación de la Pobreza. Revista de psicología. vol. IV. 1993.
Recuperado de: www.tecnovet.uchile.cl/index.php/RDP/article/viewFile/18394/19430